

Después del 7 de octubre de 2012

La democracia es el desafío político de Venezuela

Arturo Sosa A., s.j.*



JUAN ANDRÉS SOTO

La posibilidad de una legitimidad democrática en el mediano plazo depende de la superación del militarismo, el rentismo, el elitismo y el personalismo

El mayor desafío político que enfrenta la sociedad venezolana es la democracia. La democracia es invocada por los más variados caudillos, líderes, pensadores y organizaciones políticas. Se ha entendido de formas tan disímiles como *cesarismo democrático*, *democracia representativa* o *democracia protagónica*, encubriendo regímenes políticos en los que ha prevalecido la dominación personalista o los intereses particulares por encima del bien común.

La democracia como desafío de los venezolanos comienza por hacer de ella la perspectiva desde la que se percibe, reflexiona y se proponen alternativas para el sistema y la cultura política que queremos construir. Supone adquirir esa mirada capaz de observar y buscar entender el evento electoral del 7 de octubre de 2012 como parte de un largo, complejo y conflictivo proceso de encontrar una legitimidad política alternativa al Sistema de Conciliación de Élite y Partidos Políticos (Scepp) que sustituyó al gobierno de las Fuerzas Armadas en 1958.

¿DOS MITADES, DOS VENEZUELA?

De tanto repetirlo se va convirtiendo en verdad incuestionable la existencia de dos visiones irreconciliables como lo que caracteriza la sociedad venezolana actual, dando pie a la percepción de que existen dos países, dos Venezuela, con escasos vasos comunicantes entre ellos. Tal descripción es incompatible con una perspectiva democrática. Más aún, es una descripción que puede llegar a negar no solo la democracia sino la política como el modo de dirimir las diferencias sociales.

Afirmar que piensan exactamente igual cada uno de los 8,1 millones de electores que votaron por la reelección del presidente Chávez o que piensan igual cada uno los 6,5 millones que lo hicieron por Henrique Capriles, es una simplificación infantil de la realidad desde la que es imposible plantear alternativa democrática alguna.

La sociedad venezolana del siglo XXI se caracteriza, más bien, por su compleja pluralidad

en todos los órdenes de la vida. Convertir la diversidad en riqueza cultural consciente, que incida positivamente en los modos de producir y distribuir los bienes necesarios para vivir dignamente, se exprese políticamente en un sistema capaz de dirimir los conflictos de intereses a través del diálogo entre ciudadanos que se reconocen como tales, y la negociación que permita alcanzar un terreno común en el que prevalezca el mayor bien posible para el conjunto de la sociedad, es precisamente el desafío democrático que tiene como punto de partida el reconocimiento sincero de que somos un único pueblo en el mismo país.

Más aún, en la tensión histórica del nacimiento de una nueva época es imposible plantearse la *democracia en un solo país*. La humanización del proceso de globalización exige la maduración de la ciudadanía planetaria en la que pueda fundarse un sistema de relaciones internacionales que supere la arbitrariedad de los intereses económicos lícitos e ilícitos que han dominado la escena y profundizado la injusticia estructural entre naciones, pueblos y culturas. Proclamarse demócrata en estos tiempos incluye la conciencia de ciudadanía planetaria, fundamento de un sistema mundial de toma de decisiones capaz de propiciar la justicia a todos los pueblos, fundamento de la paz y el equilibrio con la naturaleza.

RECONCILIACIÓN, FRATERNIDAD Y CIUDADANÍA

La pérdida de legitimidad del Sistema de Partidos Políticos y Conciliación de Élités ha puesto de manifiesto antiguas heridas sociales. La búsqueda de una nueva legitimidad ha abierto nuevas heridas sociales y personales que se constituyen en obstáculos para lograr una legitimidad democrática. Sanar las heridas sociales y personales se convierte así en una de las condiciones para hacer política en un horizonte democrático.

Desde antes del evento electoral muchas voces, entre ellas la del Episcopado Católico, han clamado por la necesidad de la reconciliación de la sociedad venezolana. En una sociedad con heridas tan diversas y profundas la desconfianza entre las personas crece y, a la par, se multiplican los miedos de no ser reconocidos como seres humanos, como ciudadanos, como parte del pueblo. Cada uno de los venezolanos podemos recordar alguna frase o situación en la que se ha expresado la polarización ideológica en forma de sectarismo excluyente. Las encontramos en los discursos de los líderes, en las actitudes de los funcionarios públicos, en el lugar de trabajo, vecindario e incluso al interior de las familias. Reconocer esas heridas cuya curación no es sencilla ni rápida es una dimensión primaria del trabajo de construir la democracia.

La reconciliación que se propone no puede entenderse sencillamente como la superación de

un conflicto pasajero y el regreso a una situación preexistente. En la historia política venezolana no ha faltado la exclusión social y política en ningún momento. Esa es una de las razones de la pérdida de legitimidad del Sistema de Conciliación de Élités y Partidos Políticos en las décadas de los años ochenta y noventa del siglo XX. El país no puede volver a ser de todos porque nunca lo ha sido, aunque no han faltado ideas y esfuerzos por lograr una sociedad inclusiva. Darle la cara a la verdad histórica del proceso social que hemos vivido, sin manipulaciones en ningún sentido, es uno de los cimientos de un proyecto democrático.

El demócrata es primero que nada hermano de los seres humanos con los que comparte relaciones personales, sociales y políticas. Valga aquí esta reflexión teológica de profundas implicaciones políticas:

Vive como hermano en Cristo quien se abre a todo el que se topa en su camino, asumiéndolo como su propia carne, no tratándolo como si fuera de su propia carne sino desde la convicción de que lo es. No de su propia carne por ser de su país o paisano suyo o correligionario o compañero de camino ni meramente por ser de la misma especie sino por ser ser humano y por la decisión de asumir en el corazón a todos los seres humanos¹.

La ciudadanía necesaria para la existencia de la democracia solo es posible fundada en la fraternidad para la que es inaceptable la posibilidad de la muerte del hermano, aunque sea *enemigo* político porque defiende intereses contradictorios o ideas incompatibles a *los míos*.

Moldear el talante y la calidad de los ciudadanos, las instituciones públicas, las organizaciones civiles y los políticos necesarios para realizar el complejo proceso de construcción de una sociedad democrática no puede dejarse para más tarde.

La reconciliación propuesta es tarea humana, no divina. Tarea para el tiempo histórico imperfecto, lleno de incertidumbre, en el que actúan la libertad y el poder. Si el tiempo de Dios es perfecto, es el tiempo de Dios, no el nuestro².

UN PROCESO LARGO, COMPLEJO Y CONFLICTIVO

Han pasado veinticinco años desde que se mostraron los primeros efectos de la pérdida de legitimidad del Sceppe y no se vislumbra, en este momento, cuánto tiempo más hará falta para alcanzar la estabilidad democrática. La sociedad venezolana todavía no cuenta con un punto de partida común y un compromiso colectivo con la democracia como ingrediente necesario de la legitimidad política que se necesita. La historia venezolana ha conocido regímenes políticos na-

da democráticos que han gozado de legitimidad durante mucho tiempo. En estos momentos de cambio de época histórica no faltan en todos los continentes experiencias de legitimidad política sin democracia.

Durante los últimos quince años la búsqueda de una nueva legitimidad política se ha concentrado entre propuestas o modelos que se consideran incompatibles entre sí, por tanto, negados a entrar en procesos de negociación y establecer alianzas que hagan posible llegar a una ruta compartida para construir una nueva legitimidad. Promueven, además, esa visión dicotómica que solo puede ver la realidad en blanco y negro, apelando al pensamiento mágico que encuentra soluciones inmediatas a problemas de larga data, alienta el mesianismo político y vive las elecciones como juego de apuestas en las que se gana o se pierde todo. Mientras más tiempo se tome transformar esa visión más largo, complejo y conflictivo será el proceso.

HACIA LA DEMOCRACIA

La posibilidad de una legitimidad democrática en el mediano plazo depende de la superación del militarismo, el rentismo, el elitismo y el personalismo en cualquiera de las combinaciones que conocemos.

La superación de la tensión civilismo-militarismo, presente a lo largo y ancho de la historia política venezolana, a favor de la ciudadanía es una condición necesaria para alcanzar un sistema político democrático. El modelo político propiciado por los gobernantes de los últimos años, lejos de contribuir a la superación del militarismo, ha convertido a la Fuerza Armada en pilar político del régimen y realizado cambios legislativos que desconfiguran los campos civil y militar. Disolver los límites entre lo militar y lo civil es socavar las bases de la democracia.

Sobre el rentismo como característica del proceso de modernización de la sociedad venezolana la revista *SIC* ha reflexionado durante décadas. Los límites del rentismo quedan de manifiesto al analizar las causas de la pérdida de legitimidad del Sistema de Conciliación de Élités y Partidos Políticos. Sin embargo, la cultura política rentista ha sido el principal punto de apoyo del actual gobierno. Los programas de los dos principales candidatos a las elecciones presidenciales 2012 expresan de palabra la necesidad e intención de superar el rentismo económico y la cultura política rentista. Avanzar hacia la democracia así lo exige. Hacerlo realidad supone una profunda transformación, con enormes riesgos políticos inmediatos. ¿Quién está realmente dispuesto a llevarlo hasta el final?

Superar el elitismo y el personalismo es el mayor desafío del proyecto democrático. Más aún en el contexto de una cultura política rentista reforzada, teñida de nuevas versiones del militarismo, en una situación mundial que favorece liderazgos personales más que pueblos organizados capaces de llevar las riendas de su propio destino.

Es por eso que la comprensión de la complejidad del proceso obliga a ir más allá de analizar los liderazgos personales o grupales en pugna, y movilizarse para seguir alguno de ellos. El desafío es crear las condiciones para la existencia de un pueblo de ciudadanos, dotado de una cultura política democrática, organizado para la participación permanente en la vida pública. Esa es la única garantía de alcanzar un régimen político que tenga al Estado (y su renta) al servicio de la sociedad, el Gobierno, en todos sus niveles, ejecutando políticas de Estado y un sistema de administración de justicia confiable, expedito y al alcance de todos.

* Rector de la Universidad Católica del Táchira.

NOTAS:

- 1 TRIGO, Pedro (2012): *Cómo relacionarnos humanizadamente*. Caracas: Fundación Centro Gumilla, p. 109.
- 2 Véase, MIREN, Fernando, "Dios no se mete en política", *Tal Cual*, 13 de octubre de 2012.



JUAN ANDRÉS SOTO